

EL PAÍS DEL SIN SENTIDO

J.M. SANTÓN

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Francisco Javier Sánchez Díaz

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-18398-59-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A mi madre, María, heredera de la visión de una España dictatorial; una mujer firmemente convencida de que la falta de idoneidad reflejada en mis desafortunados comentarios, locos pensamientos y disparatadas ideas, no tardarán en favorecer la consecución del objetivo perseguido por tales socios de mi mente: la visita a la cárcel, en calidad de ingreso permanente.

A mis hijos, Javier y Carmen, constantes animadores de la insistencia en mi cabezonería, pues según dicen, si se aplicaran esas disparatadas ideas y locos pensamientos que me alumbran, su mundo cambiaría.

Al amor de mis amores, Marta, la estrella rutilante que me guía en el empeñamiento de conservar la misma ideología para que ese mundo de mis hijos cambie, y, a la sazón, puedan conmutarme el ingreso en la cárcel augurado por mi madre, por una condena a perpetuidad al lado de mi fiel amiga, compañera y amante, en la prisión del libre pensamiento aliado con la empatía: el penal de la alegría.

J. M. SANTÓN

PREFACIO

Hace sesenta y cinco millones de años un asteroide colisionó con el planeta Tierra, fragmentándose en varias partes al entrar en contacto con la atmósfera terrestre. Si bien se supone que la roca caída en la península de Yucatán sería la principal y de mayor envergadura, también otras esquivras siderales tuvieron consecuencias catastróficas para el mundo de esa época geológica. Sin embargo, a pesar de que se han localizado varios cráteres de impacto, jamás se encontraron restos de los aerolitos... Mejor dicho, nunca, hasta que apareció en el mapa un pequeño país del occidente europeo, que geográficamente descansa sobre uno de los extraordinarios visitantes, y que como podremos comprobar con la lectura de este libro, es tremendamente peculiar y divertido.

El 1 de noviembre de 1755 se produjo el denominado Terremoto de Lisboa, un seísmo cuyos efectos fueron aniquiladores y devastaron, con el consecuente tsunami posterior, las costas sureñas portuguesas, el norte de Marruecos y el litoral del suroeste español. La costa de la provincia de Huelva, en España, fue arrasada por una ola de entre veinte y treinta metros de altura, que portaba una energía tal, que a su paso no dejó nada en pie; la población fue diezmada, y la flota pesquera destruida. Como consecuencia del gigantesco tsunami se creó la Punta de la Umbría; un entorno natural muy pintoresco del litoral de la península ibérica que, para asombro de los desconocedores de este dato, no pertenece al Estado español y, desde hace años, es un país totalmente independiente.

Por aquella época, el marqués de la Piterilla era un grande de España con un serio y grave problema a sus espaldas, digamos, de difícil solución: tenía un hijo totalmente zumbado que lo traía a mal traer, por no decir que lo hacía caminar un día sí y el otro también por la inquietante calle de la amargura. En 1758 murió Bárbara de Braganza, la esposa del rey Fernando VI, y, a causa de ello, el monarca quedó sumido en una profunda tristeza, alcanzando el grado de permanente melancolía; y tanto afectó al corazón del rey la ausencia de su media mitad, que solo un año más tarde también él abandonaría el mundo de los vivos, para compartir eternamente con ella el regio panteón ubicado en la

capilla madrileña de Santa Bárbara. Fue tras el fallecimiento de la reina cuando el angustiado marqués lanzó una petición desesperada al melancólico monarca, para así poder liberar al pueblo llano, y a él mismo, de los insufribles experimentos del diabólico retoño.

La súplica, recogida en el Real Archivo de Villanueva del Trabuco, fue la siguiente: «Tenga a bien su católica majestad, por el bien de todos, el mío propio y el de mi familia, conceder a mi hijo Álvaro, en el concepto en que su sabiduría estime más apropiado, el nuevo terreno ganado al mar por la madre naturaleza; ese que llaman la Punta de la Umbría, tierra desértica carente de todo recurso natural, pues sabida árida y estéril, causará gastos a la corona. En dicho paraje, el fallido producto de mi ser podrá alejarse de la civilización, y quizás, con el paso del tiempo y la distancia, también olvidar sus malévolas intenciones para con el mundo que habitamos. Se lo suplico y pido, teniendo en consideración los servicios prestados por la Casa de la Piterilla a la realeza española, ante la que hoy me postro y, humildemente, solicito beneplácito para mi sensata petición».

El rey Borbón concedió al marqués la gracia solicitada, indicándole, además, que fuese el mismo aristócrata el redactor de las condiciones, y él se limitaría a firmar el documento. El avisado grande de España, en lugar de redactar un contrato de compraventa o de arrendamiento, como debería haber hecho, presentó un bien elaborado y mejor pensado manuscrito, por el cual la corona renunciaba a las tres mil ochocientas hectáreas del nuevo territorio, y le otorgaba el privilegio de nacer como un país independiente. A su vez, las palabras escritas reconocían al maquiavélico hijo del marqués, como único señor de una población, a la sazón integrada por colonizadores recién llegados a esa tierra. Muy pocos en realidad: doce familias.

Don Álvaro I el Espabilado, nombre con el que el alocado hijo del marqués se autoproclamó rey, redactó un documento antes de morir, por el cual abdicaba el trono en favor de los colonos, entregando el pergamino al abuelo del tatarabuelo de Juanito el Almeja, al que ordenó lo pusiera a buen recaudo. Cumpliendo órdenes, el hombre obediente lo ocultó en el seno de un enorme marrajo disecado, y colocó el camuflado adorno en la viga más elevada del interior de su choza. Hace poco tiempo, por una casualidad de la vida, y tras pasar más de dos siglos y medio sumido en la oscuridad, el pergamino real volvió a ver una luz que alumbraría el sin par sentido, hasta entonces desconocido, del no menos ignorado, País del Sin Sentido.

Una familia de carboneros y molineros fue la primera en establecerse en un

lugar tierra adentro de la Punta de la Umbría, hoy denominado valle de las Yeguas. Fue allí, justo en ese enclave, donde cayó el gran fragmento del meteorito sideral y, por lo tanto, también es el punto geográfico donde hoy se ubica el mayor yacimiento de iridio conocido. Y, sabiendo que ese elemento es el más raro y codiciado del planeta, tal circunstancia ha hecho que el pequeñísimo país se convierta, sin ninguna duda, en la nación más rica y con la renta per cápita más elevada del orbe en la actualidad.

Con los dos hechos sorprendentes y simultáneos del descubrimiento del yacimiento mineral más extraordinario del mundo, por un lado, y de la aparición del pergamino real, que legaba a los descendientes directos de los doce patriarcas la propiedad del Estado y constituía a la antigua Punta de la Umbría como una nación independiente, por otro lado, hubo de meditar la estrategia política a seguir, y para ello, se llevó a la práctica aplicando únicamente el sentido más común de todos los sentidos: el sentido común. — He de decir, para conocimiento de los profanos, que la ingesta continuada de la harina milagrosa extraída de la fina molienda del iridio alterado, ha proporcionado a los descendientes de los fundadores del país, unos poderes sobrenaturales asombrosos, que los convierten en seres especiales; pero, a la vez, las consecuencias del consumo desmesurado del polvo irisado les ha regalado unas secuelas indeseables, que por suerte o desgracia, también los hacen ser únicos. Lo podrán comprobar—.

El gobierno de la nueva nación ha creado una serie de leyes, normas y disposiciones, en la mayor parte de los casos contrarias a las vigentes en otros países, supuestamente los más avanzados y civilizados del planeta, y, curiosamente, las ha puesto en práctica teniendo en consideración la simple percepción de la realidad que otorga el sentido común. Solo eso. Hoy, para asombro del mundo entero, el Estado funciona como un reloj. Si ustedes quieren saber cómo se consigue ser feliz viviendo dentro de un mundo raro y alocado, especial y diferente a los demás, sean todos bienvenidos, señoras y señores, al increíble, País del Sin Sentido.

1.- Breve reseña histórica

Hace sesenta y cinco millones de años un asteroide impactó con la superficie de la Tierra, causando la extinción de la práctica totalidad de las especies biológicas entonces existentes. La catastrófica colisión, en contra de la creencia generalizada, no exterminó únicamente a los dinosaurios, sino también al noventa por ciento del reino animal y a más del sesenta por ciento de los géneros biológicos del planeta. Hasta no hace mucho tiempo los científicos pensaban que el gran meteorito, de entre ciento cincuenta y doscientos kilómetros de diámetro, colisionó con la corteza terrestre en un lugar de la península de Yucatán, en el mar Caribe, dejando una herida circular en la superficie de dimensiones colosales, conocida como *Cráter de Chicxulub*. Sin embargo, el postulado admite variantes.

A esa teoría de la extinción biológica masiva, que a la vez marca el límite geológico entre las eras secundaria y terciaria, los expertos la llaman *Hipótesis de Álvarez*. Se basa en la presencia de unos estratos detectados en todas las tierras entonces emergidas del planeta que, al haber sido datados por métodos de isótopos radioactivos, han determinado una edad idéntica para los mismos, y a la vez, los análisis químicos revelan que presentan una característica en común: están fuertemente enriquecidos en iridio, un metal muy raro, en una proporción cientos de veces superior a lo habitual en la superficie terrestre, pues dicho elemento procede del espacio exterior. Ese estrato, a nivel global, marca el denominado por los geólogos Límite K/T, dado que separa el Cretácico Superior del Oligoceno.

Investigaciones más recientes impulsan una variante a la hipótesis original y defienden que el asteroide, al entrar en contacto con la atmósfera, se fragmentó y, por lo tanto, no hubo solamente un cuerpo principal, sino que fueron varios los restos siderales que impactaron en diferentes lugares de la corteza terrestre. Si bien, el caído en la península de Yucatán sería el principal y, con diferencia, el de mayor envergadura, los demás fragmentos también tuvieron unas consecuencias catastróficas para la vida animal y vegetal de aquella era geológica.

Se han podido detectar otros cráteres en varios lugares del planeta, que podrían tener relación directa con este fenómeno; por ejemplo, se han encontrado indicios en la India, África, Australia, la Unión Soviética y, en Europa, se supone que uno de los trozos pudo caer cerca de la actual Italia. Sin embargo, no se han encontrado restos de los aerolitos... Bueno, no se habían hallado, hasta que apareció en el mapa un pequeño país del suroeste de la península ibérica, posiblemente el más afortunado del mundo, pues geográficamente descansa sobre uno de esos fragmentos, conformando un trocito de tierra tremendamente rica y peculiar, hoy conocida como País del Sin Sentido.

El 1 de noviembre de 1755 tuvo lugar el denominado Terremoto de Lisboa. Este seísmo, originado a causa de un brusco movimiento tectónico en la línea de falla Azores-Gibraltar, con epicentro situado a cuatrocientos kilómetros al suroeste de la costa portuguesa y de magnitud 9 sobre 10, afectó de manera catastrófica a una gran parte de Portugal, de España y del noroeste de África — el actual Marruecos—, devastando, con el gigantesco tsunami posterior, numerosas poblaciones costeras. Solamente en Lisboa murieron 90 000 personas, de las algo más de 260 000 que tenía entonces la capital lusitana — una de cada tres—. La costa de Huelva fue arrasada por una ola de entre veinte y treinta metros de altura, portadora de una energía tal, que sembró la desolación absoluta en los lugares directamente afectados; en Ayamonte y las zonas litorales de Lepe y Cartaya (España), y en Tavira, Olhao y Vila Real de Santo Antonio (Portugal), la población fue diezmada y la flota pesquera destruida.

Los aportes detríticos transportados por tan ingente masa de agua, una vez retirada la ola gigantesca, se depositaron en zonas poco profundas para formar una serie de zonas emergidas en lugares anteriormente situados bajo el mar, transformando así, gran parte del litoral del suroeste español y del sureste portugués. Entre otros efectos secundarios, esa fue la causa de la creación de las actuales poblaciones costeras conocidas como Isla Cristina y la Punta de la Umbría, en la provincia de Huelva. Muchos supervivientes de las zonas afectadas por el maremoto, cuyo medio de vida hasta entonces había sido solamente la mar, al ver destruidas sus embarcaciones y artes de pesca, se vieron en la ruina e intentaron buscar el sustento emigrando a las nuevas playas

formadas tras el tsunami, con la intención de colonizarlas, establecerse y comenzar allí una nueva vida.

Los recién creados arenales fueron anexionados a la corona española, regentada a la sazón por el monarca Fernando VI, y la incipiente localidad de Isla Cristina, ubicada entre Ayamonte y Lepe, fue colonizada en su mayor parte por familias catalanas y valencianas, que en aquellos tiempos pasaban por un periodo de extrema pobreza en sus lugares de origen. Sin embargo, la Punta de la Umbría, entonces ya un lugar paradisíaco, pero muy alejado de cualquier población de las entonces devastadas, quedó desierta y únicamente acudieron allí a instalar sus chozas doce familias de las más desesperadas, venidas de Portugal, Lepe y Ayamonte, con la esperanza de vivir a costa de lo que fuesen capaces de recoger de la mar y, sobre todo, mariscando a pie desde tierra.

El marqués de la Piterilla era un grande de España con un grave problema sobre su conciencia, de difícil y complicada solución: tenía un único hijo, zumbado como un panal de abejas, que lo traía a mal traer, por no decir que lo hacía caminar un día sí y otro también por la calle de la amargura. El último logro del mozo había sido quemar el castillo familiar, realizando un experimento con pólvora y unas sustancias químicas extrañas suministradas por una vieja bruja china, que habrían de transformar, si todo salía bien y con una puesta en escena espectacular, la casa familiar en un anfiteatro romano, donde él habría de ser el gladiador más vitoreado por el personal. En otra ocasión, no muy lejana a la anterior, había añadido unos polvos de su invención a la comida de la familia y de toda la servidumbre del castillo para, con su ingesta, conseguir el crecimiento desmesurado de una gran melena y unos colmillos atroces en sus congéneres más cercanos y, de ese modo, convertirlos, al menos en apariencia, en crueles guerreros bárbaros que, acatando ciegamente sus órdenes, atemorizarían a los vecinos de Sevilla, ciudad esta muy próxima al castillo y odiada con toda su alma por Alvarito, el tierno angelito del señor marqués. Como consecuencia de la feliz ocurrencia, el servicio doméstico, los guardias armados y hasta él y su propio padre, quedaron completamente calvos y sin un diente. A partir de ese infausto día, el gazpacho, los caldos de puchero y las natillas fueron los únicos alimentos capaces de posibilitar la masticación correcta de las desdentadas encías, y la boina el tocado más adecuado y eficaz para evitar las quemaduras en las relucientes, recién estrenadas y ya irreversibles

calvas, tanto de infantes como de adultos de ambos géneros, causadas por el todopoderoso Lorenzo, el incombustible astro rey, el dueño absoluto del verano andaluz. Las protestas de los vasallos, que se habían visto obligados a vivir en tiendas de campaña mientras no se reconstruyesen el castillo y el núcleo urbano, eran, como es lógico suponer, cada vez más violentas, las algaradas más estridentes y el descontento del pueblo, a excepción de la familia del fabricante de boinas, claro está, era general. Por todo ello, la situación se estaba convirtiendo en insostenible para el calvo y desdentado señor marqués, que empezaba a temer una rebelión dentro de sus dominios.

En 1758 murió Bárbara de Braganza, la esposa del rey Fernando VI, y, a causa de ello, el monarca quedó sumido en una profunda tristeza, alcanzando el grado de permanente melancolía; y tanto afectó al corazón del rey la ausencia de su media mitad, que solo un año más tarde también él abandonaría el mundo de los vivos, para compartir eternamente con ella el regio panteón ubicado en la capilla madrileña de Santa Bárbara. Fue tras el fallecimiento de la reina cuando el angustiado marqués de la Piterilla lanzó una petición desesperada al melancólico monarca, para así librar al pueblo llano, y también a él mismo, de los inocentes experimentos de su diabólico retoño.

La súplica, recogida en el Real Archivo de Villanueva del Trabuco, fue la siguiente: «Tenga a bien su católica majestad, por el bien de todos, el mío propio y el de mi familia, conceder a mi hijo Álvaro, en el concepto en que su sabiduría estime más apropiado, el nuevo terreno ganado al mar por la madre naturaleza; ese que llaman la Punta de la Umbría, tierra desértica carente de todo recurso natural, pues sabida árida y estéril, causará gastos a la corona. En dicho paraje, el fallido producto de mi ser podrá alejarse de la civilización, y quizás, con el paso del tiempo y la distancia, también olvidar sus malévolas intenciones para con el mundo que habitamos. Se lo suplico y pido, teniendo en consideración los servicios prestados por la Casa de la Piterilla a la realeza española, ante la que hoy me postro y, humildemente, solicito beneplácito para mi sensata petición».

El rey Borbón concedió al marqués la gracia solicitada, indicándole, además, que fuese el mismo aristócrata el redactor de las condiciones, y él se limitaría a firmar el documento. El avispado grande de España, en lugar de redactar un contrato de compraventa o de arrendamiento, como debería haber hecho, presentó un bien elaborado y mejor pensado manuscrito, por el cual la corona renunciaba a las tres mil ochocientas hectáreas del nuevo territorio y le otorgaba el privilegio de nacer como un país independiente. A su vez, las

palabras escritas reconocían al maquiavélico hijo del marqués como único señor de una población, entonces integrada solamente por doce familias de colonos recién llegados a esa tierra.

El alocado rey del nuevo país, don Álvaro I el Espabilado, como él mismo se autodenominó, acudió completamente solo, sin acompañamiento alguno, a la ceremonia de su propia coronación, pues la vieja bruja china que quería jurarle lealtad no pudo hacerlo porque el señor marqués tuvo a bien el colgarla de un garfio, con el que ordenó le atravesaran el ombligo, del alcornoque más alto del marquesado. Para tranquilidad de los calvos y calvas ataviados con boinas, desdentados y desdentadas moradores del castillo familiar o de las tiendas de campaña habilitadas por el vasallaje, y afortunadamente para ellos, la vieja bruja no consiguió resistir el tormento y terminó muriéndose. El nuevo monarca, ya en solitario, sin la compañía de su idolatrada y maléfica adivina, se instaló en una edificación de piedra mandada construir por su padre cerca de la orilla de la mar, que a la vez debería cumplir la función propia de una torre almenara. Sin embargo, tal labor de vigilancia jamás se llevó a la práctica, porque nunca nadie subió a la atalaya para hacerlo; entre otras cosas, porque don Álvaro no permitía el acceso y obligaba a los miembros de las doce familias a otear el horizonte tendidos en el suelo, escondidos tras una duna —estaba claro: el único rey del País del Sin Sentido no quería vigilar, ni a nada, ni a nadie—.

Poco antes de morir, tras someterse el mismo rey a un experimento producto de su genial inteligencia sin par, enfocado a dar con la solución de hasta qué punto podría aguantar un hombre comiendo bacaladillas secas sin parar y sin beber nada de agua, redactó un documento oficial, el único que escribió y rubricó en su vida mojando la pluma de una gaviota en la tinta de un choco, por el cual abdicaba el trono en favor de sus fieles vasallos, hasta el momento en que él volviera de ultratumba. El documento oficial se lo entregó en mano al abuelo del tatarabuelo de Juanito el Almeja, súbdito al que ordenó lo pusiese a buen recaudo. Cumpliendo las reales órdenes, el buen hombre lo guardó en el interior de un gran marrajo disecado, y colocó el camuflado adorno en la pared más elevada del interior de su choza.

Hace poco tiempo, por una casualidad de la vida, y tras pasar más de dos siglos y medio sumido en la oscuridad, el pergamino real volvió a ver una luz que alumbraría el sin par sentido, hasta entonces desconocido, del no menos ignorado, País del Sin Sentido.

Para las personas que aún no lo sepan o no recuerden lo acontecido hace unos años en el País del Sin Sentido, y sin entrar en mayores detalles de tipo técnico, diremos que el iridio es un metal de transición del grupo del platino, duro, frágil y de un color entre blanco y plateado. Llamado así por la tonalidad de colores que adquieren sus sales —del término latino *iris*—, es el elemento más denso encontrado en el planeta, tras el osmio, y uno de los más raros; hasta el punto de que solo se extraen tres toneladas al año de este elemento mineral en todo el mundo. Es un material superconductor no atacado por los ácidos, ni siquiera por el agua regia, y su densidad es elevadísima (22,56 gr/cm³). Como dato histórico, fue descubierto por los conquistadores españoles en el siglo XVII, en la región colombiana hoy conocida como Departamento de Chocó.

Para hacernos una idea de su rareza, el iridio en la corteza terrestre es tan escaso, que el oro es cuarenta veces más abundante. Su uso se centra principalmente, al ser este elemento un material resistente a la corrosión a muy altas temperaturas —más de 2000 °C—, en la fabricación de bujías de alta gama y de crisoles, para lograr la recristalización de semiconductores. También se utiliza como componente de algunas piezas de larga duración en los motores de los aviones, y en las tuberías de alta profundidad aleado con titanio, para evitar la corrosión. Como curiosidad, existe una pluma estilográfica solo reservada a bolsillos muy abultados, donde, coronando la punta de un plumín de oro, se monta una bolita de iridio. Su precio en bruto es de unos 450 \$ USA la onza troy, unos 15 000 € el kilo, y, conociendo su gran densidad, podemos imaginar que un kilo de iridio se podría encerrar perfectamente en el puño de una mano.

Según estiman los geólogos, la edad de la Tierra es de 4900 millones de años. En sus principios, cuando nuestro planeta todavía era muy joven y estaba prácticamente fundido, los sideritos —meteoritos compuestos en su mayor parte por hierro y níquel y, en pequeñas proporciones, por otros elementos raros entre los que se incluye el iridio— caídos sobre la superficie terrestre se hundían en un mar de magma, dada su gran densidad, llegando en su viaje hasta el centro de la Tierra; de hecho, sabemos que el núcleo está compuesto por dichos elementos, y es la razón por la que también se le conoce con el término NiFe —Ni, de níquel, y Fe, de hierro—. Y eso también explica por qué los grandes meteoritos no aparecen sobre la superficie del planeta. No es, por tanto, descabellado decir que un territorio donde se encuentre, relativamente cerca de la superficie, un gran meteorito de las características

aludidas, podría convertirse en uno de los Estados más ricos del orbe. Claro está, si el recurso es gestionado adecuadamente y no se deja caer en manos de los tiburones de la minería mundial... ¡Que esa es otra!

Durante la época en que don Álvaro I el Espabilado gozó de la vida como rey del nuevo territorio, los primeros moradores fueron consolidando un reino con el número de súbditos más escaso del planeta. Y, aunque el alocado monarca no dudó en diezmar al vasallaje sometiéndolo a crueles experimentos de forma continuada, las familias se fueron haciendo cada vez más grandes con el pasar del tiempo, creando una nación muy especial, que podría considerarse, digamos, de un moderado bienestar. —El lunático regente llegó a introducir a varios vasallos, con el consecuente resultado de muerte instantánea, la espina dorsal de un pejesapo por la oreja derecha, pensando que por el pabellón auditivo izquierdo saldría un infante de tres años, ya criado; según cuentan los más viejos del lugar, fundamentando sus afirmaciones en testimonios ancestrales, el simpático monarca, a pesar de su gran humanidad y bondadosas intenciones, como era de esperar, nunca consiguió su objetivo de generar vida fecundando un cerebro humano con el caldo supurado por la espina madre de un rape. *N. del A.*—.

Los Rociana eran miembros de una saga de carboneros y molineros, pues siempre les había dado miedo la mar. Fueron los primeros en llegar a la nueva tierra y la única familia no asentada en la orilla de la ría, por ese mismo motivo. Se establecieron en un lugar próximo a la marisma, hoy denominado valle de las Yeguas, donde fabricaron un molino que, para su accionamiento hidráulico, se servía de los flujos y reflujos de las mareas. Y también construyeron varios hornos destinados a hacer carbón, utilizando para tal fin, los troncos de los pinos viejos existentes en la única zona que, con anterioridad al tsunami, estaba emergida dentro de los límites del reino.

Cada cierto tiempo, el primer patriarca del clan viajaba con un gran carro tirado por dos mulos gigantescos que, debido a la increíble fortaleza desplegada por sendos cruces entre garañón y yegua, eran la admiración de los vecinos de Gibraleón —un pueblo cercano, donde se dirigía el molinero para comprar los granos de maíz y trigo, que después habría de moler en su artilugio hidráulico—. La potencia demostrada por los magníficos animales radicaba en su crianza: un pienso muy especial, elaborado a base de habas, lentejas y maíz, pero

reforzado con un ingrediente secreto, mezclado con el grano en una proporción solamente conocida por el jefe de los Rociana.

Recién llegada la familia al valle de las Yeguas, el viejo carbonero y molinero observó cómo excavando ligeramente en el terreno, en ocasiones asomaban ciertas capas de un material entre blanco y plateado, con aspecto de ser la misma roca madre subyacente, pero visiblemente alterada; sobre todo en el primer centímetro de la superficie. También observó que, cuando tales capas afloraban, las cabras y los mulos no dejaban de lamer el polvo de tonalidad blanquecina. Al cabo de varios días, cayó en la cuenta de la variación en la potencia experimentada por sus mulos, y de que las cabras adoptaban una robustez que les hacía marcar todos los músculos del cuerpo y las dotaba de una agilidad nunca vista en esos animales; a la vez, también empezaron a producir una leche extraordinariamente energética que, al ser ingerida, transmitía una fuerza impresionante a los seres humanos.

Un buen día, al molinero se le ocurrió añadir al grano una pequeña porción del polvo plateado y moler todo el conjunto. El resultado, a simple vista, no parecía ser muy diferente al de una harina normal; sin embargo, al mezclar en un vaso colmado de leche de cabra dos cucharadas soperas del producto obtenido, y tras ser enérgicamente agitado con una cucharilla, se producían unas burbujas que parecían emitir chispas iridiscentes al estallar. Como hubiese hecho el difunto rey don Álvaro I el Espabilado, el molinero probó su propia receta y no tardó más de dos días en notar en su cuerpo un cambio tan radical que se hacía evidente cuando saltaba por el monte de la misma forma en que lo hacían sus animales, y también cuando levantaba el gran carro del suelo con los mulos enganchados, sin precisar ayuda alguna, agarrándolo por una de sus lanzas con una sola mano.

A la sazón, el molinero sabía que el polvo de ese material plateado y blanquecino era la única razón de tan portentoso cambio, y se decidió a molerlo con los granos de varios cereales para, posteriormente, mezclar la harina obtenida con diferentes alimentos, y así poder observar los efectos derivados de su ingesta sobre el propio cuerpo. Se dio cuenta, asustado, de que en función del plato al que le adicionaba la harina notaba una sensación distinta y, hombre prevenido, optó por tomarla solamente mezclada con la leche de sus cabras. No obstante, hizo partícipes del gran descubrimiento a los habitantes del país que vivían al borde de la ría —todos excepto los de su sangre y él mismo— y, a partir de ese momento, cada familia comenzó a experimentar con el innovador complemento alimenticio, mezclándolo con las

viandas constitutivas de la dieta nutricional de cada casa.

El resultado de la ingesta de la recién bautizada harina milagrosa fue muy dispar entre las familias, y, si bien, a cada persona proporcionó alguna habilidad extraordinaria y sobrenatural, también al conjunto de moradores produjo una serie de indeseables secuelas, físicas o psíquicas, en función del alimento consumido junto a la harina. Y ellos asumieron las inevitables taras derivadas de su consumo, porque eran ampliamente compensadas por los increíbles poderes adquiridos por sus cuerpos, en algunos casos, o por sus mentes, en otras situaciones. Ya sabedores de la magia del condimento, todos juraron guardar el secreto y hasta el día de hoy, gracias a que ningún colono ni ninguno de sus descendientes ha faltado jamás a tal juramento, continúa siendo así.

Tras tres generaciones consumiendo harina milagrosa —pasaron unos ochenta años desde la invención de la misma por el molinero Rociana—, a todos los descendientes directos de los primeros pobladores comenzaron a aparecerle dos signos físicos que, aunque suelen mantener ocultos para no desvelar su verdadera identidad, son imborrables de por vida: uno es una marca con la forma de una oronda alubia roja estampada sobre la nalga izquierda; y el otro, más escondido, es el tercer molar del maxilar superior derecho plateado e íntegramente compuesto de... ¡iridio!

Corría el año 1758, cuando la primogénita de una familia instalada en un lejano pueblo de la sierra de Huelva, dedicada a la manipulación del corcho, escapó de su pueblo siendo todavía muy joven porque su padre quería casarla con un mamporrero de cerdos ibéricos de avanzada edad y ella, de ninguna manera, quería entregar su núbil cuerpo a un hombre tan curtido y refinado en las artes amatorias. Una noche desposeída de luna, mientras todos dormían, se levantó sin hacer ruido para no despertar a sus padres ni a los cuatro marranos que compartían con ellos el habitáculo, fue hasta la despensa, cogió un jamón, un cuchillo y una gran bota de vino, se echó la pata al hombro, como si fuera la sota de bastos, y echó a andar sin rumbo fijo, pero siempre cuesta abajo en dirección al mar. A los cinco días de camino llegó a una playa desértica, aunque a lo lejos creyó ver la figura de algo parecido a una torre de piedra, a la que se dirigió sin pensar.

Cuando don Álvaro I el Espabilado la vio arribar a su puerta, quedó

totalmente prendado del cuerpo de la serrana y la invitó a compartir su torre almenara y, claro está, también su lecho de amor porque don Álvaro estaba solo, y necesitaba a una mujer en su nuevo hogar. Ella, ante la tesitura de vivir con un rey, aunque este tuviese la cabeza más sonada que una maraca sandunguera, o acabar en las temblorosas manos de un viejo mamporrero serrano, aceptó el real ofrecimiento y, a partir de ese día, se convirtió en la única reina consorte que tendría, en toda su historia, el recién nacido País del Sin Sentido.

Cuando el rey acometió su último gran experimento —resistir todo el tiempo posible sin beber nada mientras comía bacaladillas secas sin parar—, y viendo la serrana que el monarca iba a durar menos que una mosca en el polo norte, le rogó la dejara situada en la incipiente sociedad, por aquella época recién asentada en la orilla de la ría. Como por entonces todavía no existían los estancos —se inventaron después, como el establecimiento usado por los nobles y aristócratas para agradecer los «servicios» prestados a sus amantes plebeyas—, don Álvaro le otorgó la concesión de un chamizo de madera y ella lo transformó en el pintoresco local que, actualmente, sigue manteniendo en su frontis el curioso nombre de Taberna de la Albiñoca. —La albiñoca es una especie de lombriz de fango, de aspecto no demasiado agradable, utilizada por los pescadores para cebar los anzuelos de las cañas o de los aparejos de mano. *N. del A.*—.

Pasados unos años, ya muerto el rey, la joven serrana se casó con un marinero recién llegado de Portugal, apodado El Canina por su extremada delgadez y tenebrosa sobriedad, y con tal pareja comenzó la estirpe del clan de los Serranos. Para no ser localizada por ningún otro mamporrero de marranos, se cambió el nombre de pila por uno que le hiciera olvidar a la comunidad donde había vivido con su familia paterna, conocida en todos los territorios de la sierra como Los Alcornos Reunidos, y fue entonces cuando tuvo a bien el rebautizarse a sí misma, en represalia a los suyos, con el nombre compuesto de Encina Sola.

A la vez que se instalaban los Serranos en la orilla de la ría, también lo hacían las demás familias de colonos, hasta completar los doce clanes que hoy, personificados en sus descendientes consanguíneos directos, son los auténticos propietarios del incipiente y riquísimo País del Sin Sentido —el doceavo clan eran los Rociana, los molineros y carboneros inventores de la harina milagrosa, y únicos habitantes del valle de las Yeguas. Las diez familias restantes, todas asentadas en la margen derecha de la ría, eran las siguientes: los Mariscos, los

Largos, los Samuráis, los Cangrejos, los Furia, los Bichos, los Justicia, los Feos, los Portugueses, y, por último, los Choqueros—.

A pesar de que con el paso de los años la Punta de la Umbría se ha convertido en un lugar turístico por excelencia, capaz de albergar a 200 000 habitantes durante los veranos, donde se han levantado grandes edificios de apartamentos, construido miles de casas, y la antigua aldea ha terminado por transformarse en un pueblo que en invierno cuenta con 15 000 almas residentes, el núcleo primitivo, fundado a la orilla de la ría por los primeros colonos durante el reinado de don Álvaro I el Espabilado, continúa, aunque ya casi integrado en el feroz urbanismo, siendo otra cosa muy diferente, donde la vida transcurre de una forma tranquila y poco o nada tiene que ver con el vivir cotidiano de la nueva población. Podríamos definirlo como una isla irreal donde entre sus moradores reina la paz, rodeada por un bosque artificial que, queriendo ser real, no es verdadero; no es auténtico.

Las doce familias fundadoras —también en la actualidad los Rociana— continúan viviendo donde siempre lo hicieron: en una pequeña porción de tierra al borde de la ría de un pequeñísimo país, que hasta hace solo unos años todo el mundo pensaba pertenecía al Estado español y, por lo tanto, y hasta el momento de la llegada de la mal llamada emancipación, por ese gobierno invasor, de manera errónea, había sido gestionado.

2.- Las familias y la harina milagrosa

La harina milagrosa elaborada por el molinero del valle de las Yeguas fue adaptada por cada uno de los clanes familiares a sus hábitos alimenticios y utilizada en la forma en que a cada uno de ellos les vino en gana. Las consecuencias de tal decisión, por lo tanto, también han sido diferentes en cada caso, y no solo con los poderes extraordinarios que los miembros de cada familia han ido adquiriendo con su ingesta, sino también con las malas secuelas derivadas de su uso continuado; así pues, todos los descendientes directos de los primeros patriarcas han seguido conservando, tanto los increíbles poderes sobrenaturales como esas indeseables secuelas, que hoy en día todavía los marcan.

La familia de los Serranos, dedicada desde siempre a lo que ahora a la gente fina le ha dado por llamar hostelería, solía basar su alimentación en innumerables rebanadas de pan frito, cubiertas por finas láminas de panceta de cerdo ibérico coronadas con una rodaja de tomate, y agitando sobre todo el conjunto un salero cargado de harina milagrosa, quedaba rematada la receta familiar. También eran muy aficionados al consumo de bellotas, que les traían de la sierra y permanentemente atiborraban sus bolsillos, y, una vez abiertas de un bocado, eran regadas con el polvo prodigioso desde el mencionado salero, siempre pendiendo de una de sus muñecas. Todos los miembros del clan adquirieron el poder del magnetismo, pero siempre muy enfocado al negocio, ya que, desde la época inmemorial de los fenicios, los consanguíneos adoraron el vil metal; es decir, utilizando la fuerza del imán mental, eran capaces de detectar una moneda en el interior del bolsillo del abrigo de un desconocido, antes de que la víctima propiciatoria entrara por la puerta de la Taberna de la Albiñoca.

La expresión alegre, jocosa y risueña mostrada por los taberneros era directamente proporcional al contenido metálico de los monederos, y era

totalmente inexistente, si estaban limpios como la patena de un cura. Con la práctica, tras la invención del dinero de papel, también adquirieron el raro poder de intuir, sin fallar una vez, el leve plegamiento de un billete dentro de la billetera. Como principal secuela, a los componentes de la familia les ha quedado la constante postura de permanecer en cuclillas con la cabeza ladeada, y la palma de una mano siempre abierta y pegada a una oreja, y, para rematar la pose, sin dejar de mirar al cliente de reojo.

Los integrantes principales de esta familia, testigos directos de todo lo ocurrido en el País del Sin Sentido, son: Mariano el Trincón, el tabernero eternamente envuelto en un grueso chaquetón de cuero que, aun mostrando síntomas evidentes de asfixia, sobre todo en verano, jamás se lo quita y está contento, porque tal prenda hace casi imposible la caída de una moneda al suelo una vez alojada en uno de los bolsillos, pues, por seguridad, los ha dotado de una cremallera de cierre rematada con un gran candado de acero noruego; Felisa la Almadraba, la mujer del tabernero, debe su mal nombre a las ingeniosas trampas ideadas por su mente para no dejar escapar a nadie sin consumir y, sobre todo, para que ninguno se vaya sin pagar lo solicitado en la barra de su afamado establecimiento; por último, Jaimito el Cometa, el hijo de los taberneros, un joven con la misión de sustituir al matrimonio en la atención a la clientela cuando la pareja descansa de los quehaceres propios de la taberna, con la sanísima costumbre de adicionar al tabaco una generosa porción de harina milagrosa, que aún no se sabe por qué, le hace ver cosas raras e imaginar que viaja por el espacio exterior, como si de un velocísimo cuerpo celeste con cola se tratase.

Juan Marisco fue el primer patriarca de la saga de los Mariscos. Llegó con su familia hasta la Punta de la Umbría procedente de la Punta del Moral, una pedanía de Ayamonte arrasada por el tsunami, después de que todos los suyos se salvaran de la ola gigantesca gracias a que, casualmente, ese día no estaban en el pueblo, y sí en una finca del interior ayudando a sus primos en la campaña anual de la recogida del apreciado higo chumbo. Tal circunstancia los salvó, pero al volver, tanto los botes como las artes de pesca, habían desaparecido. Entonces, se replantearon comenzar una nueva vida en la recién creada Punta de la Umbría. Ese hombre fue a quien el rey don Álvaro I el Espabilado confió el pergamino que acreditaba la legalidad del Reino como país independiente, y

a la vez dejaba claro quiénes eran los auténticos propietarios del territorio. También fue el que tuvo la ingeniosa idea de introducir el real documento por la boca de un marrajo disecado, y colgar la momia animal de la viga más elevada en el interior de su choza, para evitar su pérdida.

Si Juan Marisco ya se dedicaba en el siglo XVIII a arramplar con todo marisco viviente que se moviera en la orilla del río, de la mar o la marisma, en el siglo XXI sus descendientes siguen haciendo exactamente lo mismo, y su alimentación continúa basándose en moluscos y crustáceos cocidos en agua salada, por supuesto enriquecida con una generosa dosis de harina milagrosa. El polvo plateado, mezclado con cualquier tipo de bicho habituado a esconderse en una oquedad, les había proporcionado un olfato prodigioso que, aventando la nariz a un viento enfrentado, como si de un pointer se tratase, no había efluvio alguno que se les pudiera camuflar, si este procedía de un lugar situado a menos de un kilómetro de distancia de su finísima pituitaria. El hecho de levantar totalmente el cuello durante un tiempo prolongado, siguiéndole el rastro olfativo a un cangrejo moruno o a un pulpo despistado, les había afectado la laringe de tal forma que, desde hacía más de dos siglos, los tonos de sus voces eran tan roncós y potentes que todos los del clan parecían hablar desde el fondo de una tinaja. Esta circunstancia debían tenerla en cuenta en sus incursiones marismeñas, si no querían delatar su posición, pues las víctimas percibían el grave sonido, aun careciendo de pabellones auditivos.

El jefe de la saga en el presente siglo XXI, heredero de uno de los primeros pobladores del País del Sin Sentido, es Juanito el Almeja, también conocido en el poblado como el Terror del Manto, por el gran respeto que suele mostrar a los crustáceos y moluscos, gasterópodos y cefalópodos, que viven en la marisma conocida por tal nombre... ¡Por los cojones!

Los Largos llegaron al reino desde Ayamonte, un municipio costero fronterizo con Portugal, donde Francisco el Largo sacaba provecho a la mar con el arte de palangre, y su adorada esposa se dedicaba a hacer botijos y cestos de mimbre, que luego vendía a las monjas del lusitano convento de Vila Real de Santo Antonio. El verdadero negocio de la mujer, en realidad no era eso, sino hacer de intermediaria entre las novicias y unos frailes que le vendían pepinos recolectados en el huerto de la abadía que, por cierto, era un vegetal, en ese tiempo, y nadie sabía por qué, aunque los frailes lo imaginaban, muy de moda

entre las integrantes más jovencitas, y las no tan jovencitas, del claustro exclusivamente femenino. Para llegar a la localidad portuguesa, la mujer atravesaba el río Guadiana en el mismo bote que su marido dedicaba a la pesca —fundamentalmente del besugo y del sargo con los anzuelos, y del tapaculo, también llamado pelúa, utilizando en ese caso el arte de trasmallo—. Desde el día de su llegada al reino de don Álvaro I el Espabilado, ese último pescado, la pelúa, frito y rebozado con pan rallado y harina milagrosa, ha sido el plato principal de la cena diaria de la familia de los Largos.

Con el tiempo, el ingrediente mágico del rebozado se manifestó de una forma sorprendente: toda persona sobre la que uno de los Largos fijara detenidamente su mirada, ya no podía tener ningún tipo de intimidad, pues la mente sobrenatural de los integrantes del clan, aun estando lejos de los observados, descifraba los pensamientos de tales personas, y sabía lo que harían desde ese mismo momento hasta la mañana siguiente. Por ello, todo el pueblo sabía que no podía permanecer ante sus ojos más de un par de minutos, pero, aun evitándolos, los Largos conocían las intimidades de todo vecino retratado por su retorcida mente. Dado el esfuerzo cerebral realizado para conseguir sus objetivos, a veces perdían la noción del paso del tiempo y era entonces, cuando se les olvidaba volver a casa, aunque siempre —qué casualidad— las ocasiones coincidían con animadas partidas de cartas, dados u otro tipo de juego de mesa, en los que participaban compartiendo timbas con algunos vecinos autorizados por sus señoras para volver tarde a casa, y no como ellos, poseedores de la ausencia de tal privilegio, pues nunca les era concedido por las mujeres que con ellos compartían anillos.

Aunque esa familia es hoy bastante amplia, los dos personajes con mayor relevancia social son: Paco el Largo, sin duda alguna, el dueño del mayor poder sobrenatural para saber qué hacen los demás en la intimidad, aunque dentro de lo que cabe, es un hombre bastante discreto; y Agustín el Puto Cotilla, un lenguaraz que solo arrastra tres generaciones consumiendo harina milagrosa —desde que su bisabuelo sevillano contrajera nupcias con una Larga—, y el poder, más que tenerlo lo inventa, para vaciar de esa forma su mal bajío contra los demás, y, por ende, no tiene tanto poder como los auténticos Largos, pero es mucho más peligroso porque está continuamente inventando chascarrillos con la excusa de que ha visto todo lo que cuenta, cuando en la mayoría de las ocasiones no ha visto absolutamente nada, y solo difunde patrañas inventadas.

Manolito el Chispa es el representante actual de la familia de los Samuráis. Trescientos años atrás, el primer patriarca, un verdadero japonés nacido en la isla de Shikoku, tuvo el mal atrevimiento de pasar un calcetín sudado por los morros al hijo del emperador y, por ello, fue condenado a morir respirando los gases corporales emitidos por treinta y dos luchadores de sumo, alimentados a base de grasientos guisos de alubias con chorizos fermentados. Mientras esperaba el cumplimiento de su inhumana sentencia, un fuerte terremoto agrietó los muros de la prisión, posibilitándole una fuga que culminó, tras sortear la vigilancia penitenciaria, colándose de polizón en un barco cargado de boniatos del Fujiyama, con rumbo al puerto español de Ayamonte.

Una vez en España, se dedicó a las enseñanzas de las artes marciales niponas y a instruir en el uso de un entonces desconocido sable japonés, llamado catana, a la guardia personal del conde del Jaramago, que en esa época guerreaba con el infante don Joao de Castro Marín por la propiedad de un rico huerto de tomates, pimientos y calabacines. Allí se casó con una ayamontina del barrio de la Rana. Dado que su verdadero nombre era muy difícil de pronunciar —Toeldía Liaito—, y el nipón tenía bastante afición por el aguardiente de madroño y por echar la culpa de sus andanzas a los demás cuando llegaba borracho a casa —que era un día sí y el otro también—, solía pronunciar a gritos, a modo de excusa ante su mujer, unas extrañas palabras con las que fue bautizado por sus compañeros de correrías nocturnas, dado el continuo uso que el japonés hacía de las mismas para justificarse ante su señora esposa. Esas raras palabras, sonaban a algo así como *Man-Liao* y, como no podía ser de otra manera, ya para los restos, Man-Liao le quedó de mal nombre al nipón.

Man-Liao, ya una vez en el reino de don Álvaro I el Espabilado, se dedicó a la tala de pinos, a recoger piñas y a la construcción de chozas para alojar a los nuevos colonos llegados al País del Sin Sentido. El tiempo libre lo agotaba meditando con las yemas de los dedos pulgares e índices unidos, los brazos extendidos, los ojos cerrados y sentado completamente desnudo sobre una roca repleta de ostiones y escaramujos punzantes —era su manera de redimir la pena impuesta por el emperador—. Su alimentación consistía básicamente en un arroz blanco apelmazado en forma de canutos, envuelto en finas láminas de pez trompeta, unas veces crudo y otras veces adobado con una salsa negra muy extraña, a la que adicionaba harina milagrosa; y su única bebida, un aguardiente de arroz y matalahúva al que tampoco dejó de adicionar jamás el alucinante polvo mágico, pues el nipón no tardó mucho en descubrirlo,

quedando encantado con sus maravillosos efectos.

Ese tipo de nutrición tan singular proporciona a Manolito el Chispa, el actual representante de la saga y descendiente directo del patriarca nipón, una increíble habilidad para manejar la catana y dominar las artes marciales que, no es necesario decir, carecen de secretos para él. Cuando se harta de aguardiente, como era el caso de su ancestro un día sí y otro también, cree poseer un don para hablar con los animales, pero, la verdad, solo lo cree su imaginación y es mentira. Como principales secuelas, estas más producidas por el alcohol contenido en el espirituoso licor que debido a la continuada ingesta de harina milagrosa, muestra múltiples heridas, más que nada en la cabeza, después de propinarse tremendos porrazos con la catana, cada vez que decide hacer una demostración de sus habilidades. A consecuencia de ello, Manolito suele andar por la calle con un pantalón vaquero ajustado, a pecho descubierto, descalzo y con una cinta roja en la frente recogiendo el pelo, pero solo el de la parte adosada a la frente, porque el más cercano a la coronilla es prácticamente inexistente, y en tal lugar lo que se aprecia es la tonsura digna de un fraile franciscano. Su madre, para protegerlo y evitar las no deseadas heridas, aunque ha respetado la vaina y el mango del sable original, ha sustituido el acero por el palo de una escoba, con lo cual, los sablazos propinados por su propia mano se hacen más livianos. Por último, decir que Manolito el Chispa se dedica a la construcción y es un magnífico oficial, pero no de chozas como lo eran sus ancestros, sino de todo tipo de edificaciones en las que, cuando está sereno —al César, lo que es del César—, destaca como un primoroso maestro.

Los integrantes de la saga de los Cangrejos desde siempre se habían dedicado al marisqueo de la chirila. Los grandes bancos de arena existentes en el recién creado país, emergidos con la bajamar y sumergidos durante la pleamar a muy baja profundidad, eran impresionantemente ricos. Por ello, el padre y la madre venían a diario desde Moguer en una embarcación de vela latina por el río, y, como las travesías suponían horas entre los viajes de ida y vuelta, optaron por instalarse definitivamente en la orilla de la ría con sus hijos, junto a los colonos allí asentados.

El matrimonio formado por Manolo el Cangrejo y Montemayor la Platera tenía varios hijos muy pequeños y todos tenían la misma edad, por la sencilla razón de haberse puesto de acuerdo para venir al mundo los tres juntos. Con la

sana intención de dar a sus vástagos una nutrición adecuada, nada más llegar al reino contactaron con la familia Rociana, y los atentos molineros le suministraron la leche de sus cabras y la harina milagrosa que les daría vigor. Todos los días de su vida consumieron —lo siguen haciendo en la actualidad sus descendientes— dos tazones colmados de la energética pócima y, después de cada comida, también una porción de queso fresco espolvoreado con harina milagrosa. La fuerza física adquirida gracias al mágico ingrediente mineral era, aparte de sobrenatural, impresionante: los grandes rastros de hierro fundido destinados a la captura de los apreciados bivalvos, que solían ser arrastrados por cuatro hombres, ellos los levaban —el padre o la madre, daba igual, pues ambos desarrollaron idéntica potencia física— con una sola mano, mientras cantaban una tonadilla popular. Hace ahora aproximadamente cincuenta años, la familia comenzó a alternar el queso fresco con plátanos, ni que decir tiene, también condimentados con la madre de todas las harinas; fue desde el día en que probaron los frutos de la variedad *Gros Michel*, pues los Cangrejos notaban un poder superior al habitual cuando ingerían los amarillentos productos venidos de ultramar, que, sabiamente, la naturaleza dispone agrupados en racimos colgantes.

Como la familia tenía la costumbre de lavarse las manos después de comer y dicha acción, desde tiempo inmemorial, se había convertido en una obsesión para ellos, se las frotaban enérgicamente con agua de la ría y un buen puñado de harina milagrosa aún sin refinar, y al ser el polvo muy abrasivo, les dejaba la piel como la seda china, y se comía los callos a la velocidad con la que un camaleón captura una mosca cojonera. La secuela producida por el uso continuado de la sustancia irisada se tradujo en un crecimiento desmesurado de las manos, y por eso también eran conocidos en la comunidad como los Manos Grandes. Y hasta tal punto les crecieron a más de uno, que cuando jugaban al dominó —pasión para los miembros de la saga— tapaban las siete fichas, alineadas sobre la mesa, haciendo pantalla con el dedo corazón de una de sus colosales manoplas. Y bastaba.

La actual representante de la familia es Martita la Suave, la única del clan que no ha adquirido la tara de las manos gigantescas, aunque sí, y ese poder de manera exagerada, una fuerza sobrehumana, que mejor que no te metas con ella, porque te puede dejar viendo estrellitas vibrantes con uno de sus famosos tortazos, que además será aplaudido y vitoreado por toda la comunidad para hacerle la pelota, y que, de rebote, a Martita no se le escape otro zurriagazo dirigido al atemorizado rostro de alguno de los expectantes vecinos. Es una

mujer muy alta, guapísima, simpatiquísima —solo cuando está de buenas— y de un gran corazón, pero amigo, ya puedes correr como la enfades, porque entonces tienes bastantes posibilidades de convertirte en un cadáver, tras recibir un mamporro de la Suave.

Martita se casó, siendo todavía muy joven, con un marino irlandés enrolado en un mercante que transportaba plátanos desde Canarias hasta el puerto de Huelva. Acostumbrado a las borracheras y al amor remunerado propios de las zonas portuarias, quiso continuar con sus fiestas y devaneos después de casado, pero la primera vez que intentó engañar a su mujer con una meretriz congoleña —cuando ella ya estaba embarazada de trillizos; los partos múltiples son habituales en la familia de los Cangrejos—, el marino recibió tal guantazo, que Martita la Suave se quedó con la oreja del marido pegada en la palma de la mano ejecutora de tan colosal impacto. Esa noche el irlandés, andando como si se hubiera bebido la cosecha de aguardiente de matalahúva de su vecino japonés, y no porque estuviese borracho, sino a causa de la inestabilidad producida por el tremendo mamporro, se embarcó en el primer buque que divisó en el puerto de Huelva y desapareció, para nunca más volver. —Pepe Justicia asegura que en uno de sus viajes alrededor del mundo, cuando él aún conservaba los dientes, le pareció ver al irlandés totalmente ido, como carente de sentido, desorejado y vestido de bailarina oriental, actuando en un cabaret de Beirut y, evidentemente, pensó que la «amorosa caricia» de la Suave lo había dejado cogiendo moscas, y con toda seguridad, para los restos. *N. del A.*—.

Desde aquel aciago o bendito día, según se mire, la oreja del marino irlandés preside, taladrada por un clavo de iridio, una pared del salón de la casa de Martita la Suave, y luce colocada entre dos retratos de los primeros Manos Grandes, como un recordatorio para que sus hijos aprendan cómo se debe y cómo no se puede tratar a una delicada dama. Además de velar por sus tres retoños, ya bastante crecidos por cierto —la edad que tengan a ella le da igual—, Martita colabora con un escultor, facilitándole el relieve de la cara de los que desean ser esculpidos en un busto, tras haber recibido estos un voluntario tortazo, que luego el escultor refleja en un molde, sacando al rostro del abofeteado un parecido increíblemente perfecto. Y también es muy solicitada en el centro de salud, cuando se presenta una urgencia y el paciente es alérgico a la anestesia. Se han dado casos de alérgicos que han sufrido una recaída y han precisado de una nueva intervención quirúrgica con anestesia general, y entonces, algunos han preferido morir y otros ser operados a dolor, antes de volver a sufrir las tremendas consecuencias de los tortazos propinados por la

Suave. —Los pacientes que son sometidos al mamporro por primera vez, lo normal es que rondan atolondrados durante meses, como almas en pena, sin rumbo definido por las calles y plazas del municipio, realizando continuos giros de cabeza, con la mirada perdida en el horizonte, y babeando con la lengua fuera. *Otra N. del A.*—.

Desde hace aproximadamente un año y medio, a Martita la Suave, ahora otra vez señorita de manera oficial porque a su desorejado marido se le dio definitivamente por desaparecido, se la ve pasear de la mano y, según propaga el deslenguado del Puto Cotilla, también hacer otras cositas más íntimas con el Chino Mandarin. Parece ser el único morador del país que se ha atrevido a acercarse a menos de dos metros de su cuerpo y, por lo visto, no solo no le tiene miedo, sino que no puede estar separado de ella ni un solo día porque cae en un estado de melancolía y se pasa la noche entera mirando a la luna y aullando como un lobo. En el pueblo dicen, y no solo las malas lenguas de los Largos, sino también las de los demás, que los dos están liados y, es de suponer, los vecinos no están imaginando nada raro, pues esta vez tienen todas las posibilidades de acertar.

El clan de los Portugueses, en la actualidad, queda representado por Pepe Rita: el descendiente directo de Dionisio el del Voy. Dionisio fue el primer patriarca de una dinastía procedente de la tierra lusitana, llegado al País del Sin Sentido después de que el tsunami de 1755 destrozara todas las embarcaciones de la flota pesquera de su pueblo natal, Tavira, y él quedase sin medio de vida. Su curioso pseudónimo deriva de la expresión utilizada para tranquilizar a sus compañeros, cuando llegaba la hora de calar o levar las artes de pesca y le avisaban para que ocupara su puesto en las faenas de la mar. Como lo único que hacía era dormir sobre las redes en la cubierta del barco, debido a las trancas soberanas que agarraba el mozo, contestaba a los reiterados requerimientos de sus compañeros en voz alta, siempre con actitud alentadora, pronunciando la solidaria expresión: «¡Voooooy!». Idéntica respuesta se repetía una y otra vez, pues Dionisio continuamente amagaba el gesto, pero nunca llegaba a levantarse de verdad; y cuando lo hacía solo era por salvar la piel, ya que el patrón no tenía ningún inconveniente en endiñarle dos o tres zurriagazos en el lomo con el vergajo guardado en el puente, que embarcaba únicamente con tal finalidad.

Antes de todo eso, Dionisio el del Voy había recorrido dos veces el mundo en un galeón dedicado al comercio de esclavos entre las islas de la Polinesia y Lisboa, encargado de la intendencia. Su despacho a bordo era la bodega donde reposaban las botas de *amarguinha* —un licor de almendras amargas—, y también donde, una vez encerrado en su puesto de trabajo bajo llave, adoptaba su postura preferida: hecho un ovillo dentro de un bocoy relleno del citado licor, del que solo sacaba la cabeza a ratos para respirar y porque no tenía más remedio, si no quería morir por ausencia de aire. Solo cuando el capitán, tras llamarlo a voz en grito cientos de veces sin resultado alguno y recibir la reiterada contestación de «¡Voooooy!», sacaba el látigo de estrellas metálicas lacerantes reservado para las espaldas de los esclavos polinesios, abandonaba el del Voy su puesto de vigilancia en la bodega y se presentaba, siempre haciendo eses, ante el capitán. En uno de los viajes, se enamoró de una bella esclava capturada en Tahití, de nombre Cotorra Loa, y al desembarcar en Lisboa le fue regalada por el capitán del buque, dado que Dionisio cumplió la promesa realizada al zarpar, de no dormirse dentro de la ebria comodidad de otro bocoy que hacía el viaje de vuelta relleno con un carísimo orujo de papaya viuda.

Dado que la matriarca de la saga era de esa cultura polinesia tan rara, impuso la tradición de educar siempre al primogénito de la familia como a una mujer —daba igual varón o hembra—, para que cuando los padres fuesen mayores, se quedara al cuidado de los mismos hasta que murieran. Como Dionisio el del Voy había tomado toneladas y toneladas de *amarguinha* a lo largo de su vida, al llegar al nuevo territorio decidió que la alimentación de su familia se basaría solo en la ingesta de alimentos sólidos y dulces, y así su comida diaria, a partir de aquel día, fueron los pestiños de miel, y su postre preferido, las sandías forrajeras; por supuesto, las delicias culinarias siempre espolvoreadas con harina milagrosa.

El principal poder adquirido por esta familia se centraba en un don prodigioso para las matemáticas, fueran del tipo que fuesen, y curiosamente sin ellos saber leer ni escribir. Podían resolver en una fracción de segundo la ecuación más complicada, y antes de que Poincaré se aclarase con su enigmático problema de los tres cuerpos y con alguna que otra reducción de una integral abeliana, ya ellos habían resuelto las incógnitas en un ratito, mientras jugaban al dominó y esperaban a que el abuelo pusiera una ficha para cerrar el juego. Como a todas las familias, también a los del Voy les quedó una secuela importante, pero solo al primogénito, y, como la última generación solamente tuvo un descendiente, por esa causa Pepe Rita ni se ha casado ni ha

tenido hijos. El mal estriba en que un día se levanta como hombre y otro lo hace como mujer; un día se levanta calvo, con gafas, con botas de agua y vestido con mono de trabajo, y otro lo hace con una peluca rubia, los ojos pintados de morado y ataviado con una bata de cola; un día ocupa su puesto en el barco de pesca como marinero, y al siguiente hace de folclórica en la Taberna de la Albiñoca... Y ahí radica la razón del extraño nombre por el que atiende este personaje, Pepe Rita, pues unos días lo hace como Pepe, y otros como Rita.

De los Rociana ya lo dijimos casi todo, al relatar la invención de la harina milagrosa. Solo hay que especificar que hoy quedan dos representantes de esta familia, aunque no son del todo directos, porque sus abuelos habían contraído nupcias con las dos hijas del biznieto del primer patriarca, que no tuvo ningún varón. En ellos, también los polvos plateados, mezclados con unas habas con chocos o con un gazpacho al ajoarriero, han producido una serie de efectos relacionados con la fuerza, pero mientras en el caso de Simón, apodado el Armario, lo hacen con la física, en el del Ciruelita se corresponden con la de tener el conocimiento justito para echar el día; es decir, ninguno, porque como todo en este mundo multiplicado por cero es cero, pues eso, que aunque la harina le incremente mil veces el nulo saber que poseía de nacimiento, el conocimiento del Ciruelita sigue siendo cero: ¡cero patatero!

Simón el Armario es un angelito, muy solicitado últimamente por el gremio de los veterinarios con el único objetivo de dormir de una patada en la testuz a los toros de lidia cuando son bravos y agresivos, y se resisten a ser inmovilizados entre siete u ocho hombres. También es un repartidor de tremendas coces en las espinillas, productoras de tantos daños colaterales, que las víctimas propiciatorias suelen avisarle para que, al salir a la calle, se calce unas botas de seguridad con la puntera de acero, porque de ese modo hace menos daño que si da la patada con el dedo gordo del pie descalzo, que es duro como martillo de cantero. Para hacernos una ligera idea de la potencia y precisión que tiene este pateador, un día Pepe Justicia le hizo burlas sacándole la lengua en los morros y, pobre de él, recibió el impacto de una leve caricia de Simón en la canilla; desde entonces, nunca ha vuelto a recuperar la verticalidad ni la compostura en el andar. Tras pasar varias semanas de convalecencia, cuando el Justicia salió a la calle por primera vez, algunos en el pueblo

empezaron a llamarle El Dubitativo Caminante, por su rara habilidad para despistar a las baldosas antes de poner el pie en el suelo. Volviendo al caso del Armario, como secuela importante, Simón no controla la fuerza bruta y lo normal es que rompa aquello que se ponga al alcance de sus manos y, sobre todo, de sus pies. Respecto al Ciruelita, aprovechando sus grandes aptitudes para las bellas artes, es escayolista y, en sus ratos libres, también encala con la brocha gorda, para admiración y deleite de los paisanos.

Los Furia llegaron al reino procedentes del municipio de Lepe. Hasta hace dos generaciones, siempre trabajaron como marineros en el arte de la pareja y, cuando había mala mar y quedaban en la marisma, se ocupaban en la tradicional recolección de la navaja —un molusco bivalvo de la familia solénidos— y en la difícil captura del cangrejo violinista, llamado barrilete en el País del Sin Sentido. Ese crustáceo es muy apreciado en la zona por la finura de la carne de una de sus pinzas, que crece extraordinariamente más que la otra, y mucho más en este lugar desde que se alimentaron durante un año con la harina milagrosa que Kiki el de los Burros, primer patriarca de la saga, espolvoreó a esportones sobre el fango, con la intención de hacer germinar espárragos trigueros con sabor a cangrejo, que según pensaba él, tras ser cocinados e ingeridos, proporcionaría a los familiares una serie de poderes extrasensoriales que les permitiría hipnotizar a todo bicho viviente de la mar, incluyendo a los gasterópodos bivalvos criados en la orilla de la arteria fluvial.

Los barriletes viven entre dos aguas en cuevas tubulares practicadas en el fango marismeño, y solo salen tímidamente de las oquedades, con la bajamar y cuando el sol empieza a calentar. Una vez que sus cuerpos han adquirido cierta temperatura, empiezan a alejarse de las cuevas y, entonces, es el momento para proceder a su captura, debiendo poseer el mariscador muy buenas piernas. El cangrejo es extraordinariamente rápido y el terreno tan blando, que al pisar sobre el fango el cuerpo se hunde poco a poco, si no se está en continuo movimiento. Es por ello que, para lograr alcanzarlos, se hace necesario correr velozmente antes de que vuelvan a refugiarse en sus cangrejas, y así poder arrancarles la pinza de mayor tamaño. Una vez seccionada esa boca, tras haber realizado un giro contrario con el cangrejo en una mano y la pinza más desarrollada en la otra, el barrilete se vuelve a soltar y... ¡sorpresa!: la boca le vuelve a crecer, para otra vez, al cabo de dos años, alcanzar la misma dimensión

que tenía en la primera ocasión en que le fue amputada (*N. del A.*).

Esas pinzas, también llamadas Bocas de la Isla, han sido la base de la alimentación de los integrantes del clan de los Furia desde su llegada al País del Sin Sentido, degustándolas todos los días de la semana, excepto los domingos, pues tales días festivos, desde tiempo inmemorial, saborean sus tradicionales lentejas con rábanos y morcilla —por supuesto, aderezadas con harina milagrosa— en una reunión familiar, siempre celebrada en la Taberna de la Albiñoca. Esa alimentación tan peculiar los ha ido dotando de unas extremidades inferiores increíblemente rápidas y con una flexibilidad tal que pueden girar los pies casi una vuelta completa, a la vez que adoptan una difícil posición en cucullas.

Iván el Furia, actual jefe del clan familiar, va cada mañana a recoger la leche de las cabras que todavía mantienen los molineros-carboneros en el valle de las Yeguas; es el único, porque el resto de los cabezas de familia solo lo hacen dos veces por semana, ya que el paraje queda muy lejos del pueblo para ir a pie. La verdad, a Iván no le cuesta ningún trabajo recorrer los ocho kilómetros que hay entre la ida y la vuelta, y va como un rayo, cambiando continuamente de dirección durante el trayecto de una manera rapidísima e instantánea, dando saltitos como cabra loca, y, antes de que cante un gallo, está de vuelta otra vez en el borde de la ría. Este portento de la velocidad, sin embargo, sufre una pésima secuela desconocida en sus antepasados, y nadie se lo explica, a no ser que pueda ser consecuencia del continuo estreñimiento padecido por sus intestinos, que lo traen a mal traer pues desde el día de su nacimiento, según afirman los vecinos y su mujer, siempre está enfadado. Ya puede levantarse con buen pie, que al mínimo comentario, da igual el tema de conversación tratado, empieza a calentarse poco a poco él solo, hasta que al final se vuelve a su casa resoplando como un búfalo, y echando maldiciones por doquier.

También eran originarios de Lepe los integrantes de la familia de los Bichos, asimismo marineros curtidos, y mucho más testarudos; tanto, como mulo hambriento con la querencia del pesebre. Los representantes actuales del clan son dos hermanos: Antoñito el Bicho y Marcelo el Trabalenguas. El primero de ellos es marinero de la chirla y echa continuamente a pelear a su inteligencia contra su tozudez, y, aunque hasta el momento ambas son poderosísimas dentro de su mente, todavía ninguna ha vencido claramente el extraño